

"Lo que todos anhelamos"

Capítulo uno

Esta ciudad flota por encima del paralelo cuarenta y tres; aunque esa es una simple ilusión, por supuesto. Los inviernos, por el contrario, no son nada imprecisos. Aquí, los inviernos son inevitables, a veces implacables. Hace dos años tuvieron que traer al ejército para desenterrar a la ciudad, prácticamente sepultada bajo la nieve. Las calles eran de hielo, los cables de electricidad se hicieron quebradizos, los teléfonos no funcionaban. La ciudad entera se paralizó, los árboles aún más inmóviles que de costumbre. Los coches y las entradas a las cocheras desaparecieron por completo. Los políticos se atacaban unos a otros tratando de explicar qué había pasado y quién tenía la culpa: quién había privatizado los quitanieves y por qué la ciudad no estaba preparada. La verdad es que es imposible prepararse para algo así. Es el destino. La naturaleza hace ese tipo de cosas: tirar miles de toneladas de nieve sobre la ciudad solo para decirnos: no hagan demasiados planes ni suposiciones, no se adelanten. Este año la primavera no podía llegar en mejor momento, y no lo hizo. Se tomó su tiempo, derritiendo la nieve a su ritmo, haciendo desbordar las alcantarillas cubiertas de hielo, aumentando el caudal del río Humber y del río Don hasta el lago. El sonido de la ciudad era el del correr del agua.

¿Conoces el olor de esta ciudad al inicio de la primavera? El invierno ya muerto sigue dando vueltas, huele a impaciencia y vergüenza, pero sobre todo a anhelo. La basura, enterrada bajo bancos de nieve durante meses, reaparece poco a poco como los viejos hábitos (bolsas de plástico, latas de refresco), los callejones están abarrotados por un revoltijo de botellas y zapatos viejos y colchones olvidados. La gente parece estar desenredándose, su paciencia se agota. De repente están ansiosos por sentir el contacto humano. Se acercan a completos extraños para decirles cualquier cosa. Después de los tiempos grises y las pesadas nubes de los meses anteriores, un rostro desconocido sonríe y hace un comentario como si retomara una conversación que continuó durante todo este tiempo. El destino de todos está abierto de nuevo, se pueden comenzar nuevas vidas; o al menos la primavera es la ocasión para que esto parezca posible. Sin importar qué tan sombrío fue el día anterior, todas las complicaciones y los problemas que amenazaban antes parecen irse ahora a medida que la nieve se derrite en las calles. O al menos los cielos despejados y el nuevo aire que llega del lago hacen creer a la gente que así es.

Son las 8 de la mañana de un miércoles al inicio de esta primavera, y el metro retumba al cruzar el puente sobre el río Humber. La gente, abarrotada en el vagón, parece aturdida, como si todos se estuvieran recuperando después de un golpe. Huele a perfume y sudor, a cabello mojado y menta, a café y pan quemado. Parece haber una tensión que contiene todos los sonidos que los cuerpos producen en la mañana. La mayoría de la gente está calmada, a menos que sean jóvenes, como los tres que se acaban de subir (de seguro sin un jefe molesto a

quien soportar todo el día). Se agarran de los postes y cuando el metro arranca chocan uno contra el otro y se ríen., sSu risa vibra por todo el vagón. Al notar la seriedad de los demás pasajeros, fingen estar avergonzados y se callan, pero no pueden permanecer serios y su risa explota de nuevo.

De entre los tres, uno tiene una cámara; es una mujer asiática y lleva un viejo impermeable. Es imposible no verla., es de una belleza extraña, no del tipo comercial de labios carnosos como la del anuncio de champú justo sobre su cabeza, sino más bien la belleza de un halcón: vigilante, emplumada, con garras y sagaz. El segundo es un joven negro que lleva un tambor en una bolsa de lona. Intenta buscar espacio para ponerlo en el suelo y recibe miradas molestas por todas partes. Hay en él un encanto físico y una soltura envidiable. Tiene una barba de unos cuantos días y cuando sonrío, sus cejas, sus ojos, su rostro entero es incapaz de evitar su efecto seductor. La tercera, otra mujer, parece italiana, del sur. Es flaca como una mantis y está envuelta en un moderno abrigo de plástico amarillo, pero su boca tiene cierta voluptuosidad y sus ojos, largas pestañas que parecen pesarle. La mujer asiática apunta la cámara hacia ella, la convence para que sonría, el flash se dispara y ella se ve sorprendida. Es obvio que han estado fuera toda la noche. Comienzan a hablar sobre una de sus amigas de quien el chico está enamorado. Pero el tenso silencio a su alrededor finalmente los desanima, como si cedieran ante una ley que han violado. ¿Quién quiere oír sobre amor tan temprano en la mañana?

Así son las mañanas en los vagones del metro. Todo mundo ha dejado sus sublimes casas y departamentos y cuartos para adentrarse en las encrucijadas de la ciudad; al principio intentan que la ciudad no los toque, aferrándose a la escasa privacidad de una ciudad con tres millones de habitantes. Pero al final algo los altera, como ahora. El anonimato es la mentira más grande de una ciudad. No eres anónimo en lo absoluto. Eres común, en serio, común como tantos guijarros, tantas manchas de suciedad, tantos átomos de materia.

Ahora esa conversación está en la cabeza de todos y los seguirá al trabajo; pasarán todo el día tratando de descifrar el resto de la historia. Ahora se preguntarán dónde estuvieron esos tres toda la noche, y alguien pensará, ¿por qué mi vida no es así? Libre como la de un joven. Alguien dará vuelo a su imaginación sobre dónde estaban: quizá en las vías de tren, quizá en High Park, quizá fumando marihuana en una fiesta, tomando cerveza y bailando. De seguro bailando. Y algún otro pasajero celoso pensará, ¡ese montón de gorriones! ¡Nunca han trabajado un día en todas sus vidas! Pero no hay de qué preocuparse, la vida los alcanzará algún día.

Y apretado en un asiento al final del vagón hay un hombre que apenas entiende español pero que de sorpresa se distrae de sus divagaciones sobre el destino al escuchar el tintineo de risas: cómo terminó aquí y cuál será su siguiente paso, y cómo el ligero pánico que siente le da asco. Se despierta a sí mismo repasando los detalles de su vida, repitiéndolos en su cabeza como si lo estuviera

haciendo para la mujer que lee el periódico a su lado. La risa lo penetra y piensa que nunca ha escuchado risa que suene tan pura, y es solo su primera semana en esta ciudad. Tan solo cuando era muy, muy pequeño, un niño, se acuerda de haberla escuchado.

Lo que flota en el aire en un vagón de metro como este es el azar. La gente, parada o sentada, está envuelta por la delgada capa magnética de sus vidas. Piensan que están a salvo, pero saben que no es así. En cualquier momento puedes chocar contra la vida de alguien más y, si tienes suerte, es algo bueno, como flotar sobre luz a cada paso que das.

En esta ciudad hay barrios italianos y barrios vietnamitas; hay barrios chinos y ucranianos y pakistaníes y coreanos y africanos. Nombra una región del planeta y alguien de ahí está aquí. Todos se encuentran en tierra Ojibway, pero casi ninguno lo sabe o ni les interesa, porque esa genealogía es imposible de identificar excepto por el nombre mismo de la ciudad. Lo único que tendrían que hacer es prestar atención, pero es posible que lo que saben ahora ya les duele, ¿y qué pasa si encuentran algo que los dañe aún más? Estas personas están acostumbradas a que la tierra bajo sus pies tiemble y todos quieren que se detenga, y si eso significa que deben pretender que no saben nada, bueno, ese es el sacrificio que hacen.

Pero como en cualquier encrucijada hay combinaciones de existencia. La gente se transforma en otra sin darse cuenta, de manera inconsciente, justo aquí en el quejumbroso vagón. Y en las aceras, después de emerger de las estaciones, después de haber sido lijados por los empujones y roces de una ciudad como esta, todas las vidas que han acumulado, todos los fantasmas que han cargado, todas las inversiones que han hecho para protegerse, todas las cicatrices y señales y marcas para reconocerse, en fin, todo su híbrido equipaje se cae sobre el pavimento a cada paso. Hay tanto que se derrama.

En esta ciudad hay mecánicos búlgaros, hay contadores eritreos, dueños de cafés colombianos, editores letones, techadores galeses, bailarines afganos, matemáticos iraníes, cocineros tamil en restaurantes tailandeses, niños calabreses con acentos jamaíquinos, disyoqueis deejays fushen, esteticistas saudí-filipinos; doctores rusos cambiando llantas, hay cobradores rumanos, pescadores de Cape Croker, empleados japoneses en tiendas de abarrotes, lectores de medidores de gas franceses, panaderos alemanes, taxistas haitianos y bengalíes con despachadores irlandeses.

Las vidas en la ciudad son dobles, triples, conjugadas: mujeres y hombres todos intentando poner en orden su propia cadena de eventos, intentando mantener una historia clara en sus cabezas. A veces se descubren a sí mismos diciendo mentiras impresionantes, exagerando o evitando desagradables secretos por aquí y por allá, haciendo malabares con las líneas de causalidad y, antes de darte cuenta, es imposible distinguir un hilo del otro. En esta ciudad, como en

cualquier otro lugar, la gente trabaja, come, bebe, tiene sexo, pero es difícil no despertar aquí sin la certeza del desconcierto.